

COLECCIÓN DE COLECCIONES

AGUA DE BORRAJAS

Mara

Ariadna

Olga

Luisa

Antonio

Dani

Rosa

Sofía

Gema

COLECCIÓN DE COLECCIONES
por orden de aparición
Antonio, Ariadna, Olga, Luisa, Mara,
Rosa, Dani, Gema y Sofía.

Colección de colecciones

Agua de Borrajas 2019
Impreso en ROMA Vaciador34





Iba encontrándolas poco a poco y, a veces, a alguien se lo comentaba y le decía -mira esto- y así le dieron algunas. Las buscaba desde que empezó a ver que le gustaban hasta hoy. Si mañana se encontrara otra, pues también la cogería, pero ahora ya veía menos, y tampoco iba obsesionado, más o menos se daba cuenta de si por ahí había o no había. Por allí, por Huesca, por donde iban, en Aínsa, en Pirineos, había una zona donde los de las eléctricas las dejaban y cada vez que iban se pasaba a ver si había algo. En el pueblo también tenía algunas más.

Llevaba ya veinte años, veinticinco años a partir de ver una cosa como esa, y pensaba -esto es maravilloso- y luego veía otra y lo mismo -esto es maravilloso-. Le encantaba caminar y sabía por donde acercarse a mirar. Las jícara estaban tiradas y algunas tenían o habían tenido yeso. Las veía como objetos perdidos, tan bonitos y él las recuperaba.

-Sí sí, belleza belleza- pensaba.

También recogió algunas que se usaban para los cordones en las casa viejas. Hay todavía por la casas, por las casas viejas. Si tienen cordón van con eso. Y la pera. Iba buscando una cosa que se llamaba pera, una pera servía para dar la luz, cuando le dabas sonaba clic. Vendían peras, pero las quería



encontrar, ya habría tiempo para comprarlas. Y luego había otra cosa, que tampoco tenía, para dar la llave, para encender la luz, era redonda y hacía un clic también, era bonita y era.

No le interesaba la electricidad, le tenía mucho respeto a la electricidad, era como de otro mundo, le daba miedo la electricidad. Los llamaba los cables de alta traición.

Ponía las jícaras en cualquier sitio, le gustaban solamente siendo. Tenía un cuñado que le vio haciendo esto y no le pareció mala idea, también él empezó a tener cosas que encontraba y había hecho perchas.

A él le gustaban así, le parecían bonitas estando. Eran cosas que se habían tirado mucho cuando cambiaron los cables viejos por cables más modernos y todo eso ya no hacía falta.

-A lo mejor todas juntas podrían estar bien-dijo en voz alta. Tenía bastantes, eran grandes y pesadas, y dónde las ponía, ese era el problema... podría hacer una vitrina, quizás.





Algunas estaban en una habitación, otras en el estudio donde estaba solo y así las veía todos los días, además no necesitaban regarse como las plantas. Había una pequeña que era de una puerta, del mismo material y la ponía por ahí y la tenía así puesta, estaba mucho más deteriorada y la limpió bien, muy finamente. La había cogido también por Pirineos, había estado tirada con barro, sucia, seguro que había estado mucho tiempo a la intemperie, bueno todas estuvieron a la intemperie, pero ésta con tierra y con todo.

Ahora estaban en Móstoles, al más allá.

Solía pasar por Móstoles cuando iba a Barcelona y nunca se imaginó poder acabar en un cubículo de esos, y aquí estaban tan tranquilos desde hacía más de veinticinco años. Había visto hacerse la mitad de Móstoles por lo menos o más o más, mucho, todo el barrio de rosales, luego el pau que lo llamaban ahora el pau cuatro, bueno, había visto más de la mitad hacerse en los veintitantos años que llevaba ahí.





Había que estar ahí pendiente, lo que pasaba es que como era un poco diógenes, pues ya era su forma de estar. En plan: veía una expo, o iba a cualquier sitio y decía -este papel me gusta- y lo cogía, de hecho, toda la mierda que pudiera llevarse se la llevaba. Luego, todo eso lo archivaba o lo guardaba para la próxima vez que le diera por hacer algo, así que al final siempre traía algo. Siempre traía un papel o cualquier cosa que estuviera en papel o en plástico, o en cualquier cosa sobre la que se pudiera imprimir, tela también, pero le daba pena cortar la tela, si no le hubiera dado pena cortaría su propia ropa, podría tener un montón de retales, había tantos tejidos que llamaban su atención.

Elegía su ropa por las texturas.

Lo tenía todo en los cinco metros cuadrados que tenía para vivir, y estaban llenos de papeles y carpetas. Guardaba la carpeta con la que empezó, que era una carpeta de esas de el país, de haga su fascículo y no sé qué. Sus padres siempre compraban el país cuando era pequeña y se la dejaron ahí y le dijeron -para que te la llaves al cole- a ella no le gustó, era muy fea y ponía el país y empezó a pegar fotos y luego, con los años, fue tapando las fotos que le dejaron de gustar y las capas fueron avanzando y seguirían avanzando, ahí lo tenía todo. Algún día lo



pasaría por un escaner de esos de los cuadros y vería todas las capitas.

Hacia eso desde el cole, desde los ocho años y estaba ahí guardado, nunca tiró nada, había tirado muchos juguetes y muñecos, pero eso siempre se libraba de la criba.

Intentaba no dejar de tener cuarto, quería tener un cuarto sólo para los recortes, bien ordenado, ahora lo tenía todo en una pila de cosas encima de cosas, que estaban debajo de la mesa donde se ponía, que estaba llena de cosas, pero... tener un orden, lo había pensado muchas veces aunque le daba mucha pereza, porque...¿cómo ordenaba eso? soñaba con tener una habitación propia, como el libro ese.

Olga le dijo que coleccionaba sus deneís, desde que tuvo el primero coleccionaba eso. Le pareció muy guay, porque nadie se daba cuenta del cambio del deneí desde que se lo sacó hasta el último, ese tipo de cosas le molaban un montón.

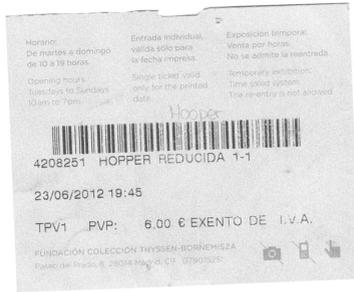
En el rastro había muchos papeles, de revistas antiguas, había una calle en la que sólo había revistas y tebeos. Fue un día con Alberto y todo el rato le decía –mira este papel, no sé qué, lo ves así a la luz, a esto si le pones un no sé cuantos encima – y él estaba ahí mirando en plan ok y ella seguía –pero mira que, mira cómo lo han impreso,

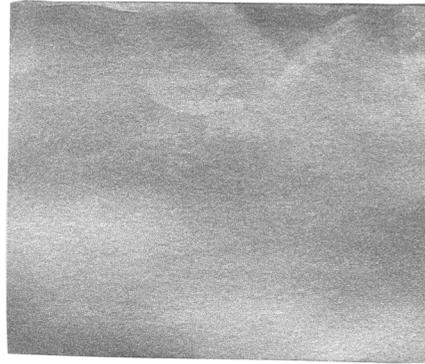
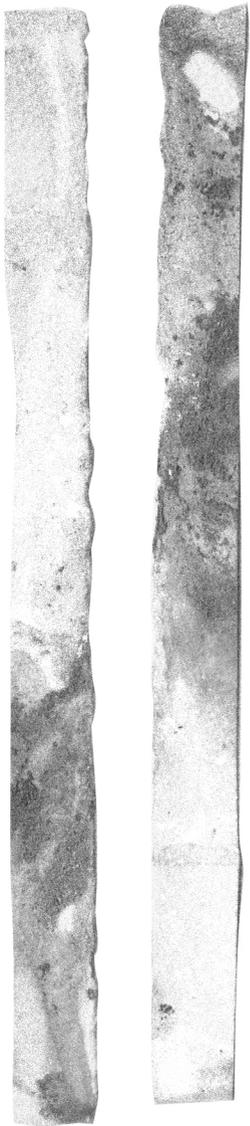
y la encuadernación y no sé qué y ésta no sé qué— fue muy guay. Y las compraba, pero luego no las recortaba porque le daba pena, quería usarlos, pero luego, luego los dejaba ahí y ya está, porque ya formaban una unidad. Si hubieran sido revistas de moda, que le daban igual, donde quizás encontraba una foto curiosa, también era una unidad, pero bueno, el resto era paja, un fanzine que lo había hecho alguien que le había dedicado tiempo, que había puesto su empeño, le daba cosa.

Otro día fue a otro sitio y cogió un montón de todo, todo lo que se encontraba lo cogía, se llevaba muchas cosas y no las sacaba partido, pero bueno, le daba igual. ¿Por qué las ponían ahí? Ella no podía evitar cogerlas.

En su familia a nadie le interesaba eso. Sí que les interesaban lo bienes materiales, les interesaba que su ropa estuviera bien, o que los zapatos estuvieran lustrados y todo eso, pero no un libro, les daba igual si se se habían doblado las portadas por la mitad o estaban rotas o les daba igual como llevara los libros al cole, todo eso...era horrible. Vivía con eso.

Un día su estantería con todos sus libros estaba por la mitad: los habían tirado, ni siquiera los habían regalado, le dijeron –los hemos tirado a la basura— ella les preguntó que qué selección habían hecho





para tirarlos y sólo le dijeron- de aquí pallá y de allá pacá- casi le da un infarto, sus libritos, todos ahí bien puestos. Viviendo con gente así lo pasaba mal, pero luego se juntó con el loquito de Alberto, que coleccionaba de todo, todo lo coleccionaba, ella quería gente que sintiera tanto aprecio por las cosas.

Sufría viviendo en la típica casa en la que no hay nada por en medio y sólo ves el sofá, la planta, la mesa y ya está.

Además le gustaba la idea del tiempo. Había recortado noticias que habían pasado, y que después de 5 años leía y se habían vuelto a repetir y repetir y o las guardaba o no se lo creía ni peter, no quería que se olvidara la historia.

Su madre que era de Perú, nunca olvidaría la parte de la conquista de américa, que era un tema súper trillao, y cuando ella lo estudió en el bachillerato, en el cole, su madre la decía -pero qué te están contando- a su madre se la habían contado en el colegio, lo había estudiado como ella pero casi peor, puro adoctrinamiento, pero como su abuela era del norte, y su bisabuela hablaba quechua, se sabía todos los reyes quechuas de pe a pa, y su madre también aprendió esa cultura, para no perderla, y cuando ella lo estudiaba aquí le decía -pero qué coño me estás contando, esto es súper mentira, es lo mismo que me decían a mi- .





Su hermano tenía el numero anterior al suyo, se los dieron juntos, fueron donde telefónica, a Madrid, a hacerlo allí.

Estuvieron en la misma fila y tenían los dos el numero correlativo, ella era más mayor y él más pequeño, ella se lo hizo con 15 y él con 14, se llevaban muy poco tiempo.

Cogió el din y miró sus rizos, los odiaba a muerte, le parecían choricillos. Tampoco le gustaba de ella misma su cara ancha, de constitución ancha, hacía años se llevaba el tema de quitarse las muelas del juicio y ella se las quitó, si no la cara la tendría totalmente redonda, al quitarse las muelas como que se suavizaba, no servían para nada, de hecho se atravesaban. Por eso ella no tenía juicio, o eso era lo que solía decir la gente cuando te quitabas las muelas del juicio, que te quedabas sin él. Lo que hacían era estorbar, a parte de ensancharle la cara, al quitárselas se le quedó como más finita.

En la época de su primer dni era muy feliz en ceras Alex, había pasado por muchos empleos. Empezó a trabajar en una empresa de transportes con dieciocho años, en el polígono industrial Cobo Calleja, en una oficina, de ahí se fue a ceras Alex, que estaba en la carretera de gansos, donde hacían la cera y los yak yak, esas cosas amarillas que limpiaban los zapatos.

Era impresionante ver la cadena, la gente tan maja con la que había trabajado en su vida, tenía los recuerdos todavía grabados, unas empaquetaban, otras hacían las cajitas de las cremas, otras tenían las botellas con los líquidos con los que arriba se hacía la química, lo que eran las ceras y todo eso. Y todas juntas cantando ahí.

Sólo estuvo un tiempo por temas de producción. Después encontró otro trabajo.

Era curioso porque todos sus trabajos los había encontrado sola, sus hermanos conocían a alguien y entonces se ponían a trabajar, pero ella no.

Empezó después en alimentos Vivo, una cadena de alimentación que también estaba en un polígono industrial en Humanes, cerca de Fuenlabrada, ahí se sacó el carnet de conducir. Ya tenía un sueldo un poco mejor y se compró un equipo de música con tocadiscos. Ella quería su coche, su padre le dijo que hasta que no se casara no se sacara el carnet y que no le iba a comprar un coche, porque no quería avalarla, y como no la quería avalar pues le decía que si no podía pagarlo le iban a quitar el piso.

Se quedó mirando las letras *s.l* de su primer dni, indicando *sus labores* como profesión, en aquella época había una mentalidad muy machista. Poco después se compró un coche, su Opel corsa amarillo,

su tuit, le llamaba ella.

De ahí pasó a otra empresa que se llamaba Alfre, de temas de construcción y ahí ya se tiró hasta el año 2010 de administrativa, haciendo albaranes, facturas y atendiendo llamadas de teléfono, ahí empezó con el ordenador en serio, pasando datos con el Access.

Por aquella época la construcción hizo pluf y estalló la burbuja inmobiliaria y entonces hicieron un ere. La despidieron después de estar desde el 83 hasta el 2010, se quedó en paro en junio.

Su último dni era de cuando estuvo más feliz, trabajando en el centro de arte dos de mayo, era de hacía poquito. Su primer dni se lo había hecho con su hermano Carlos, y este último, curiosamente se lo había hecho con su hijo Carlos. Se lo tenía que hacer por primera vez y a ella le tocaba renovarlo, así que se fueron a la comisaría de Móstoles.

Nunca los perdía, le gustaba guardarlos por la foto y mirar como iba transcurriendo su vida. También por el documento, ir viendo como cambiaban a través de los años. Su firma también había cambiado.

La primera era un cisne, ahora tenía dos. Una para sus fans, como decía ella, la que no iba a ningún sitio y la otra para firmar papeles serios. La de los

fans le encantaba, era muy artística.

Un psicólogo le leyó la firma, tenía mucho significado. Le dijo que cuando se pone el nombre en mayúsculas era porque necesitas sobrevalorarte, que estaba baja de autoestima, luego el apellido de su padre estaba ahí un poco apartado, no quería saber nada de él, literalmente, en cambio pasaba a la izquierda y hacía una S, que era el apellido de su madre, a la que quería más que a todas las cosas.

Su madre estaba en el cielo comiendo rosquillas. Cuando era pequeñita su madre vivió la guerra, era de un pueblo de Badajoz. Tenía un hermano al que adoraba de catorce años, un día su hermano llegó del cine con dolor de cabeza, se metió en la cama y no amaneció, su hermano Antonio. Su madre preguntaba dónde estaba y le dijeron que estaba en el cielo comiendo rosquillas y dijo ella - pues yo también quiero ir al cielo con mi hermano a comer rosquillas- y así se lo contó con mucho sentimiento, así que su madre se fue a comer rosquillas.

Se llamaba Úrsula, la S era por Sosa, por el apellido, que venía de las Islas Canarias. Los Sosa Capote tenían allí una empresa de tabaco. Además los Sosa habían sido muy como los gallegos, se habían ido, habían emigrado a todos los sitios, el típico apellido Souza o Sousa eran las variaciones

del Sosa en otros países, pero el apellido genérico salía de las Islas Canarias, así que era un poco canaria también.

Su madre se marchó hacia ya veinte años, no llegó a conocer a su hijo Carlos, que iba a hacer 16.

A los treinta también se fue un hijo suyo, por eso en el día de ese momento había un cambio de rostro, de gesto, primero se fue su niño y luego se fue su madre.

Más tarde pidió a los reyes magos un niño, los médicos le habían dicho que no podía tener hijos, que tenía una enfermedad por la que su cuerpo los rechazaba, pero llegó Carlos, sin esperarlo y sin pensarlo.

La fecha en la que salía de cuentas era el día de los reyes magos, pero se adelantó, por la enfermedad y todo eso, nació el once de noviembre con treinta y dos semanas, no estaba creciendo lo debido y decidieron sacarle, era tan chiquito, lo tenía grabado.

Nació en Móstoles, no tenía peso, estuvo dos meses en una incubadora con los tubitos, lo tenían ahí al pobre. Ella se sacaba leche para dársela, él no tenía fuerzas ni para mamar ni para beber ni para nada. Ahora era un jabato. Se rió pensando en él disfrazado de Goku, con los pelos para arriba, en el cumpleaños de un primo suyo.

Volvió a mirar su firma del cisne, era el cisne de vanderbilt, de la colonia vanderbilt, un perfume inglés. Era un cisne precioso.

En la firma veía que se quería superar, elevarse, quería despegar, necesitaba despegar porque siempre se veía diciendo que podía sacar más de ella y no lo hacía, sería que era un poco vaga, le costaba muchísimo, y como le iban dando palitos... había que resurgir de las cenizas como el ave fénix. Pero siempre que necesitaba avanzar, cuando ya estaba saliendo, toma.

La vida era eso, aprender mucho. Como decía el psicólogo todos los errores son aprendizajes, no se pueden tomar de otra forma, siempre hay que sacar lo que se aprende de ese error que pasa, porque hay gente muy mala malísima que lo que intenta es cortar por lo sano y te dejan caer.



Creyó que no coleccionaba nada y pensando, lo único que tenía que podía agrupar, algo parecido a una colección, eran los objetos que había hecho.

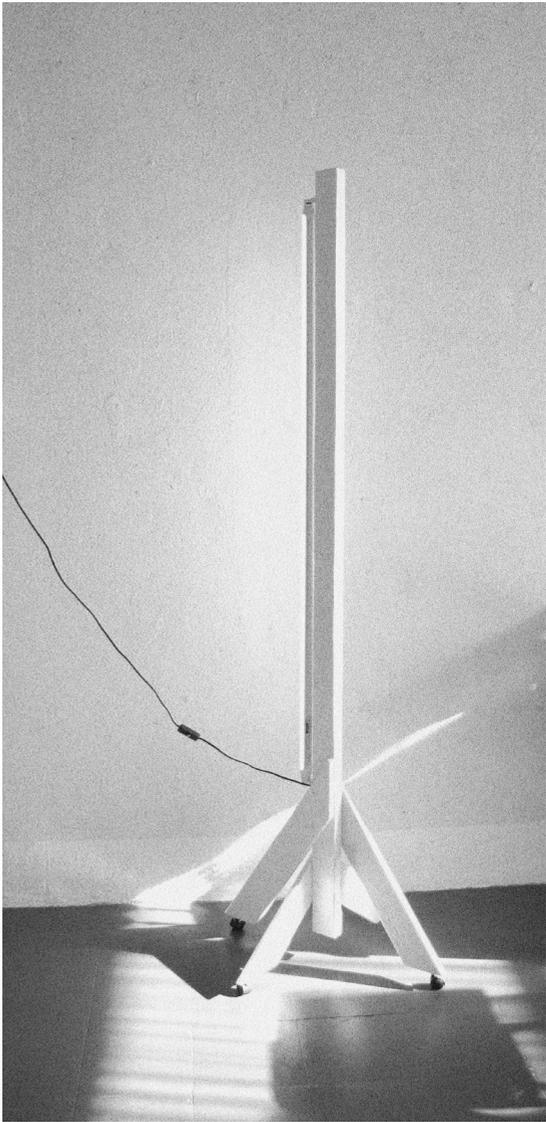
No solamente los había hecho para su casa, también había hecho cosas a sus hermanas, pero sobretudo para su casa, y habían ido creciendo con anhelo a la necesidad que tenía de cada objeto, sí, había sido la necesidad. Por ejemplo, ella necesitaba una mesa y cuando vio una maleta la convirtió en mesa.

Cuando tenía la necesidad era cuando se le despertaba el clic y pensaba qué podía utilizar, todos los objetos habían ido surgiendo con respecto a la necesidad.

Le gustaba conseguir dar una vuelta a los objetos, eso era tan bonito. Pensar que los objetos, una vez que tienen una vida, pueden tener otra. Esa maleta ya no podría tener otra vida, porque viajar con esta maleta era imposible, en la primera de cambio en un aeropuerto se la podían cargar al tirarla.

Ella le daba una segunda vida a los objetos, reciclaba y no utilizaba más materiales. A veces sí había comprado el material, pero muchas veces se apanaba con recortes.

Iban al taller de Tino, a la basurilla de los hierros que después ellos vendían como chatarra, ellos no



les daban ningún valor, entonces los cogía y los llevaba al taller...

Primero tenía que ver el material, nunca pensaba en el objeto antes, casi nunca vamos. Si no que tenía ahí el material y se le ocurría...pero siempre partía de la idea de “necesito algo” entonces, una vez que lo necesitaba miraba alrededor y lo encontraba. Quería un pequeño cambio de mentalidad, antes de ir a una tienda, ir a dar una vuelta, porque pensaba que siempre en el entorno había algo que le servía. Era muy basurera.

En la Fortuna cogió unas sillas, su hermana le llamó a las ocho menos cuarto de la mañana diciendo que había pasado por el contenedor y había visto unas sillas y se bajó a las ocho menos cuarto a por las sillas, eran de un restaurante chino y estaban llenas de mierda. Entonces las cogió y se las llevó al taller. Lo primero que hizo fue quitarles el tapizado, de donde no salían gusanos de puro milagro, y ahora ahí estaban, en la Fortuna, cumpliendo su misión de silla, ya lo único que quedaba del restaurante chino era un anagrama, un símbolo chino, todavía guardaban su identidad.

Luisa era Luisa, en Luisa había muchas Luisas. No hablaba igual con una amiga que con su vecina cuando se la encontraba en la escalera. En



esencia era la misma, pero los comportamientos eran completamente distintos. Suponía que era por el juicio que ella misma hacía de una persona, pensando que si se mostraba distinta, iban a pensar que estaba loca, por otra parte, ella también estaba juzgando a la otra persona incapaz de entenderla.

Darle otra oportunidad a los objetos le hacía sentir bien, cuando cogía un objeto y era capaz de darle otro uso, le hacía sentir bien. Por dos cosas, porque había recuperado el objeto, el objeto iba a ser útil otra vez; y porque había pasado de ir a un almacén a comprar algo y así se salía un poco del sistema, que siempre decía: compra compra compra. En ese momento era capaz de salirse, en otros momentos no, en otros momentos estaba ahí metida en esa sociedad de consumo. Era difícil, aunque lo hacía porque le gustaba, porque le gustaba mucho trabajar con sus manos, era algo que le satisfacía.

No sólo lo hacía por los objetos, lo hacía por ella. Se lo pasaba bien, y cuando tenía que hacer algo para otras personas, también. Lo que pasaba es que cuando era para ella tenía un regustillo más.

No eran cosas para contemplar, eran cosas para usar, creía que el arte o la belleza era para disfrutarla usándola. No entendía a la gente que se compraba una tetera y la dejaba de adorno por muy bonita



que fuera, porque una tetera era para usarla y podía ser maravillosa y preciosa.

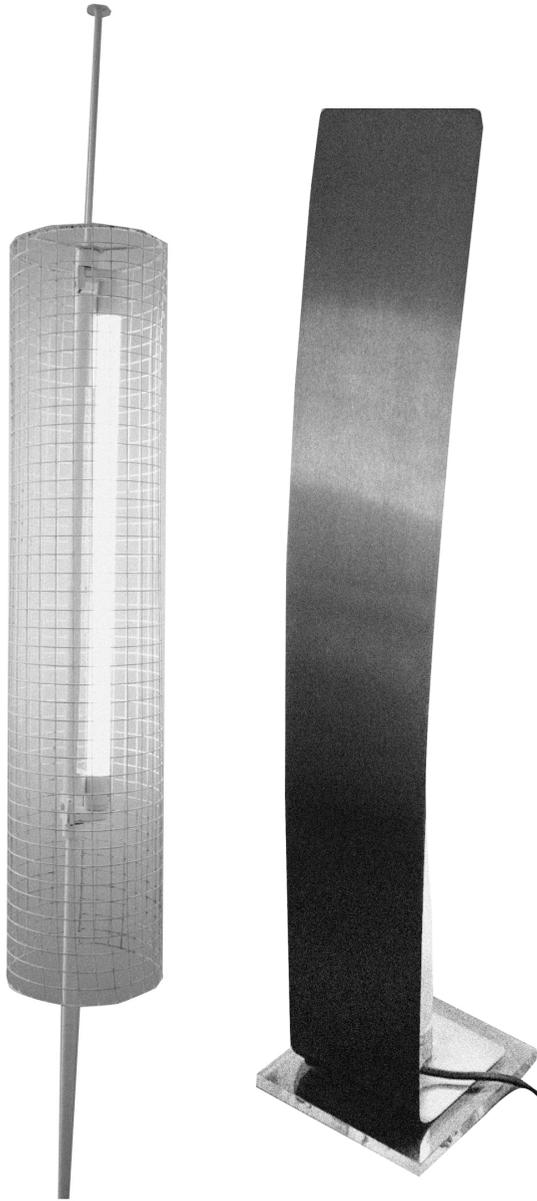
Tenía unos vasos que le parecían tan bonitos y tan frágiles que los había guardado para no usarlos y pensó que era un despilfarro. Estaban metidos en armarios sin que nadie los disfrutara así que los sacó para utilizarlos, si se rompían, pues mala suerte. Pero si nadie los disfrutaba de qué le servía tener ese vaso maravilloso metido en un armario todo el día, o metido en una vitrina para verlo, le parecía tan bonito tenerlo en la mano. Los objetos le gustaban para disfrutarlos.

Era una contradicción con lo que había hecho toda su vida, por otra parte, que eran objetos para contemplar.

¡Qué de cosas completamente contradictorias!

Era así, a veces hacía una afirmación y decía -qué estoy diciendo- había piezas que disfrutaba mucho y no las usaba, las contemplaba. Quizás las cosas que estaban hechas para utilizarlas, que por muy bonitas que fueran, estaban hechas para utilizarlas, no para contemplarlas, como un vaso que estaba hecho para usarlo, o la tetera está hecha para usarla, quizás ese tipo de objetos...

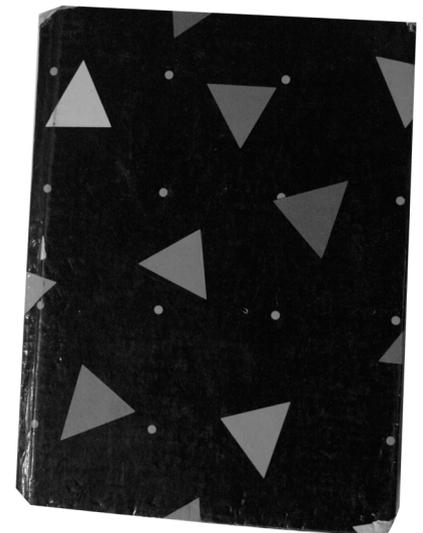
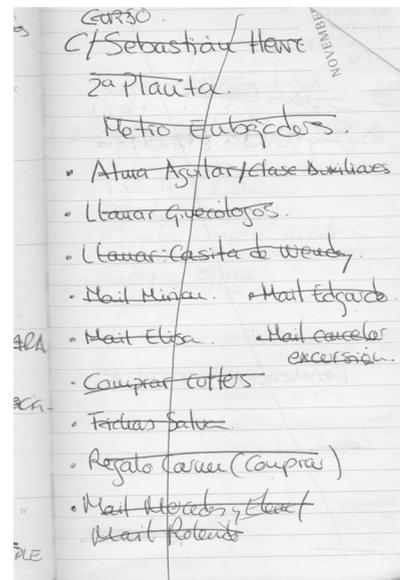
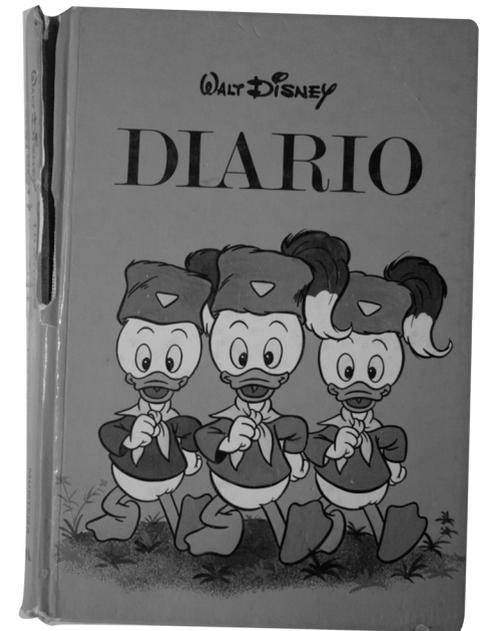
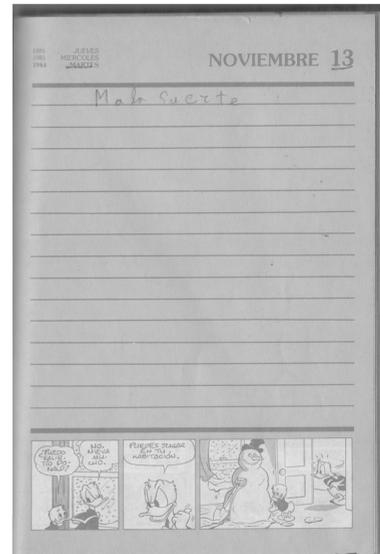
Pensaba que cuando se miraba una cosa solamente se era capaz, por tener esa imagen, de



verla como era, una mesa se veía como una mesa...pero igual podía tener otra utilidad si ponía las patas hacia arriba. ¡Qué de ideas tan prefijadas! Lo mismo pasaba con las personas, si alguien se hacía la idea de cómo era una persona no había forma de cambiarla. Ella quería andar un poco más libre de prejuicios.

A lo mejor en el día a día tampoco se daba tanta cuenta de la singularidad, pero realmente estaba rodeada de objetos que le gustaban porque sí, independientemente de que los hubiera hecho o no. Había cosas que había hecho que no le gustaban nada.





gente de primaria, con los que si hubiera querido contactar, no iba a ser gracias a la agenda.

Le impresionó mucho el diario de EGB, uno con un pato Donald, no había mucho escrito. Ella había sido siempre súper empollona y estaba ahí todo todito todo, que si hacer los deberes de esto o llevar los deberes de eso otro, ahí estaba apuntado y sin embargo recordaba ese tiempo como un momento de mucho caos. Fue cuando sus padres se divorciaron y ella a veces estaba con su madre y a veces con su padre, así que estaba todo el día con la maleta de un lado para otro y, a veces, cuando justo quería jugar con una cosa o quería ponerse alguna ropa no lo tenía en la casa en la que estaba o, a veces, pasaba que en una casa tenía calcetines y faldas y en otra pantalones y bragas.

Tenía ese recuerdo de mucho caos, pero ahí estaba su yo de sexto de EGB ¿qué edad tendría entonces?, no era como sexto de primaria, era más pequeña, empezó a echar cuentas, si terminaba el cole en octavo y el instituto lo empezó con 14 años, en octavo tendría 13, pues en sexto 10 u 11 años, bueno, tampoco era tan pequeña, aun así, ya adulta, le dejó impresionada.

Hacía mucho que no miraba sus agendas, había cambiado 18 veces de casa y siempre se había ido con ellas. Ahora que se fijaba le faltaba una caja entera con agendas, a saber dónde estaba, en cuál de las 18

casas. Buena parte de las mudanzas fueron con sus padres, ahí vivió en unas cuantas casas y otras siendo ya mayor, de hecho la casa en la que vivían ahora, donde no llevaban mucho, tampoco sabía cuánto iban a durar, quizás hasta que le subieran el alquiler, ahí se tendrían que marchar.

Siguió mirando las agendas, algunas no le decían nada, había unas de cuando trabajaba en el museo del traje, otras de la facultad, tampoco las leía mucho. Miró que había apuntado cenas con gente con la que tuvo mucho contacto en un momento de su vida y luego ya no tanto, ahí estaban sus presencias.

Ahora apuntaba casi todo en una agenda digital, le había costado mucho el cambio, se había intentado resistir, pero después de tener niños, Guille y ella necesitaban estar coordinados, porque todo el rato estaban cambiando planes. Le había dado muchísima rabia, porque ya no compraba agendas, ya no existía esa cosa de cuando llegaba enero y se iba a buscar una agenda.

Le gustaba tanto elegir las, había llegado a ser muy maniática, no tanto con las de los números de teléfono como con las otras, tenían que tener una hoja por día y un no sé qué y sólo podía elegir una, porque claro, al ser una agenda de un año concreto no podía comprarse varias para los años siguientes, por

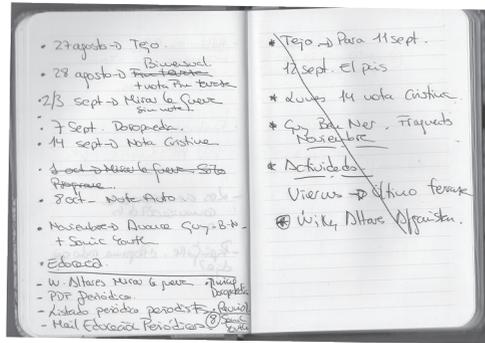
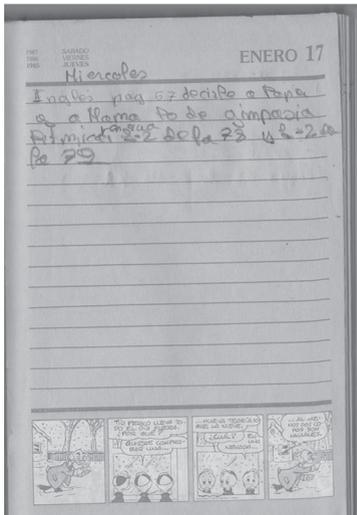
NAME AND ADDRESS		TELEPHONE	NAME AND ADDRESS		TELEPHONE
AREA CODE		49-00-1	AREA CODE		49-00-1
NUMBER		53-01-12	NUMBER		53-01-12
AREA CODE		600034	AREA CODE		600034
NUMBER		49-00-3	NUMBER		49-00-3
AREA CODE		53-40-93	AREA CODE		53-40-93
NUMBER		49-00-3	NUMBER		49-00-3
AREA CODE		53-30-39	AREA CODE		53-30-39
NUMBER			NUMBER		
AREA CODE			AREA CODE		
NUMBER		53-40-06	NUMBER		53-40-06

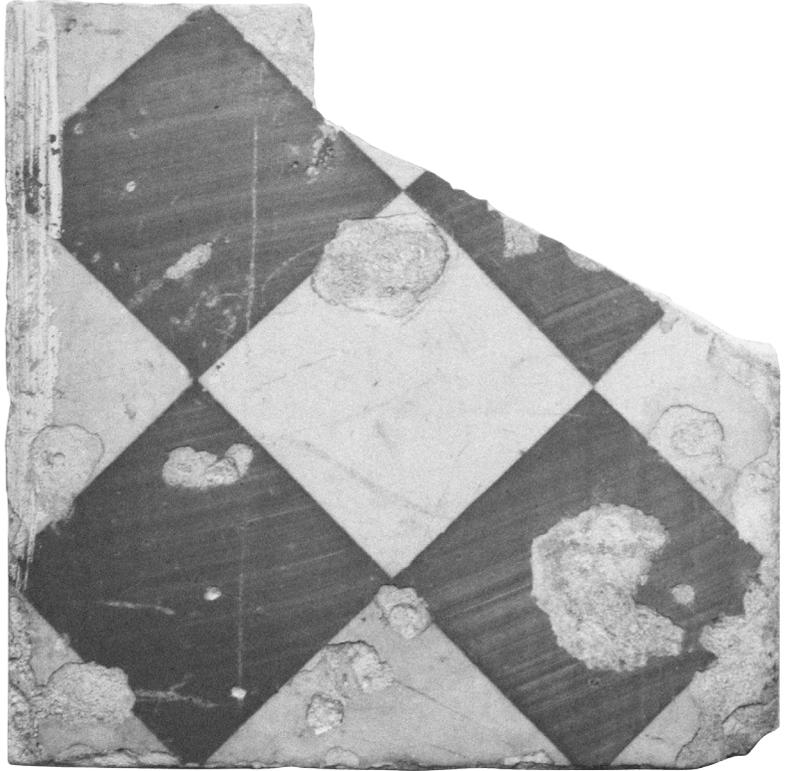
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z

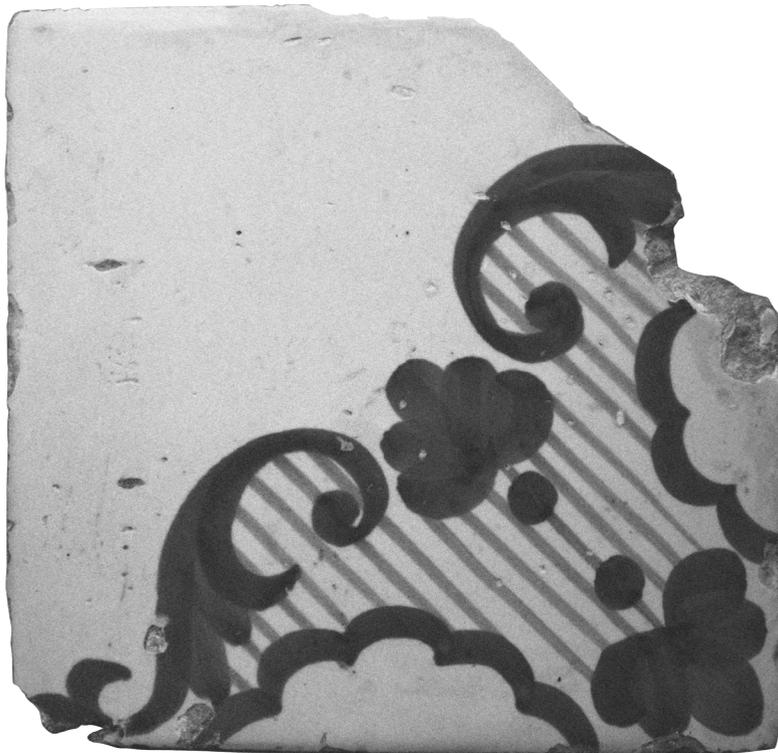
mucho que le gustaran. De hecho, con dos amigas hacía una quedada oficial en octubre para empezar a mirar las agendas por distintas papelerías, nunca compraban el primer día o a la primera. Si había alguna que encontraba la definitiva avisaba al resto.

Entre las que tenía guardadas había algunas escolares, otras anuales, que solían ser más especiales, de cuando ya había dejado de estudiar y había empezado a trabajar, también tenía una a la que sólo se le cambiaba las tripas, pero esas no le gustaban nada, porque lo que le gustaba era la posibilidad de tener una nueva.

Había varios modelos, una donde estaba toda la semana vista a la derecha y texto libre a la izquierda, otras que tenían espacios de cosas para hacer o cosas que te gustaban o recomendaciones de películas, de restaurantes, a parte de las cosas de cada día. Ahora, tenía eso mismo pero en digital y no era igual. No era tan nostálgica de lo analógico, pero en eso sí. También tenía los cuadernos de pegatinas, esa época de las pegatinas también era muy tremenda, con pegatinas que significaban cosas, aunque ella luego nunca las usaba.







Muchas veces no se sabe o no se es consciente de que se está coleccionando algo o no se le da esa forma. Tenía a lo mejor otras cosas que sí podía pensar como colección, como fanzines, entradas de conciertos, pero a los azulejos no les había dado esa forma, no había pensado en eso, simplemente tenía cinco azulejos. Tenía uno de casa de su padre, él lo tenía ahí abandonado y ella lo usaba para poner la cafetera. Era un soporte para que no se quemara la mesa, le parecía un recuerdo bonito. El otro formaba parte del alicatado del baño, de esos que se quedan olvidados por si se rompen y hay que reponer. Le llamó la atención y lo cogió en 2015 o 2016, cuando volvía de Granada a Murcia.

Se los había ido llevando. Todo por llamarle la atención, sin pensar demasiado. El tercero era de aquí de Madrid, de Doctor Cortezo, un día paseando vio la cubeta de una obra, le llamó el dibujo, súper precioso y se lo llevó también. Lo usó para lo mismo, como soporte para la cafetera.

Cuando fue a Oporto en octubre, todavía no pensaba en colección, pero se ve que inconscientemente ya estaba con el rollo del azulejo, y claro, Oporto era todo azulejo. Fueron al mercado del Bolao, que era súper bonito, dentro del mercado, la parte de abajo estaba llena de un azulejo. Estaba con un colega y se

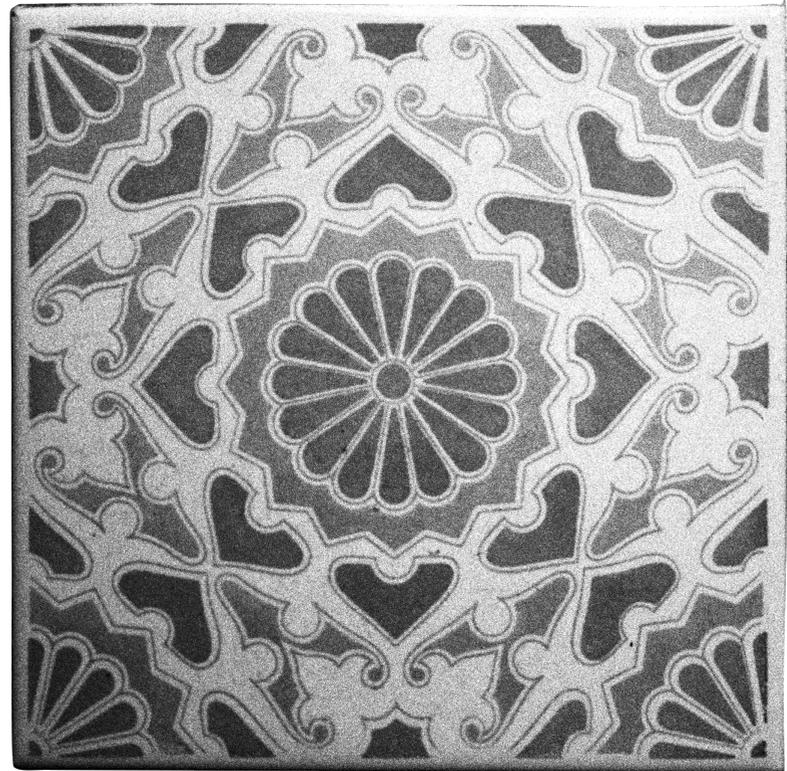
fue sola a dar una vuelta . Lo vio y lo arrancó de la pared, le salió casi sin pensar. Por eso estaba tan roto, porque se quedó la mitad allí. Lo sacó y lo guardó.

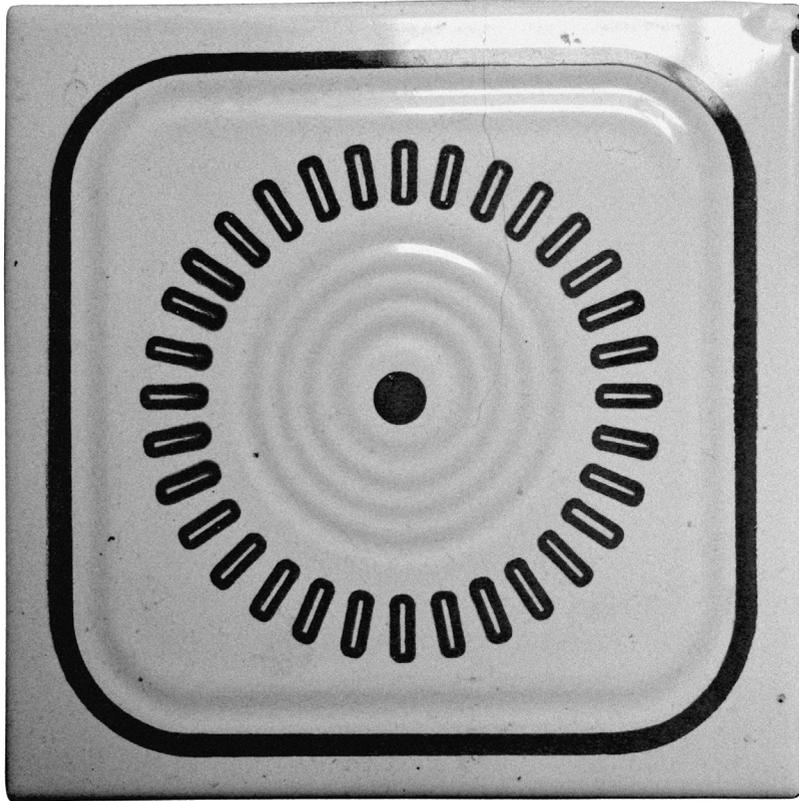
Y el último lo había encontrado hacía unos días abajo en la calle.

Ahora tenía la intención total de ampliar la colección, ya la había empezado, ya le había dado la forma de colección y ahora iba mirando en cada cubeta que veía. Hacia poco vio uno pequeñito, pero en realidad no era azulejo, era como un trozo de pared pintada, una pared pintada de azul que se rompe y pensó en cogerlo. Iba consciente en su deriva, en su paseo, a lo mejor no iba pensando en eso pero veía una cubeta y era como fium, se metía en ese rollo.

Los tenía en la habitación apilados. ¿Qué juego podía tener una colección de azulejos? Se le ocurrió llevar los azulejos a donde los cogió y hacer una foto. Tendría que ir a oporto, ir al mercado, y hablar del tiempo, de cómo estaba el sitio, ¿cómo estaba? ¿cómo lo recordaba? El tiempo... O cambiarlos de sitio.

Ahora quería darles otra continuidad, aunque no había pensado en eso cuando los cogió. Le recordaba mucho a trabajos de la facultad, de escultura. En primero de carrera en una asignatura les pedían que llevaran un objeto y lo defendieran como objeto escultórico, para repensar el objeto como objeto





artístico. Eso le enganchaba, no podía parar, la loca del azulejo, pero era aun más místico, porque no se fijaba en todos, de repente cogía uno, no cogía el que estaba al lado, ¿por qué cogía ese azulejo?

El azogue es tan murciano.

Los azulejos los tenía apilados, en un rincón, donde había hueco, era muy cuidadosa con las cosas que tenía, trataba las cosas con bastante afecto, tenía esa querencia. Le inquietaba el hecho de poseerlos, se le ocurrió volver a dejarlos en su sitio y ya no tenerlos. El que había arrancado de una pared que estaba junto con otros ahora vivía en Madrid.

Quería hablar del tema de poseer, de por qué necesitaba el objeto y desprenderse de eso y dejarlo otra vez donde estaba, o en otro sitio, y que siguiera su camino, que estuviera un tiempo con ella ya le daba un sentido y sería una colección igualmente, pasaría a ser una colección de cosas abandonadas, era infinito.

Una colección siempre está abierta.

Un día que iba al centro a hacer no sé qué vio un azulejo azul, estaban sacando más cosas de una obra, pero ella tenía que ir al centro, así que pensó que si a la vuelta estaba ahí lo cogería. Cuando volvía de camino se le fue la cabeza y echó por otro lado y se acordó del azulejo, entonces cambió el recorrido y pensaba -si

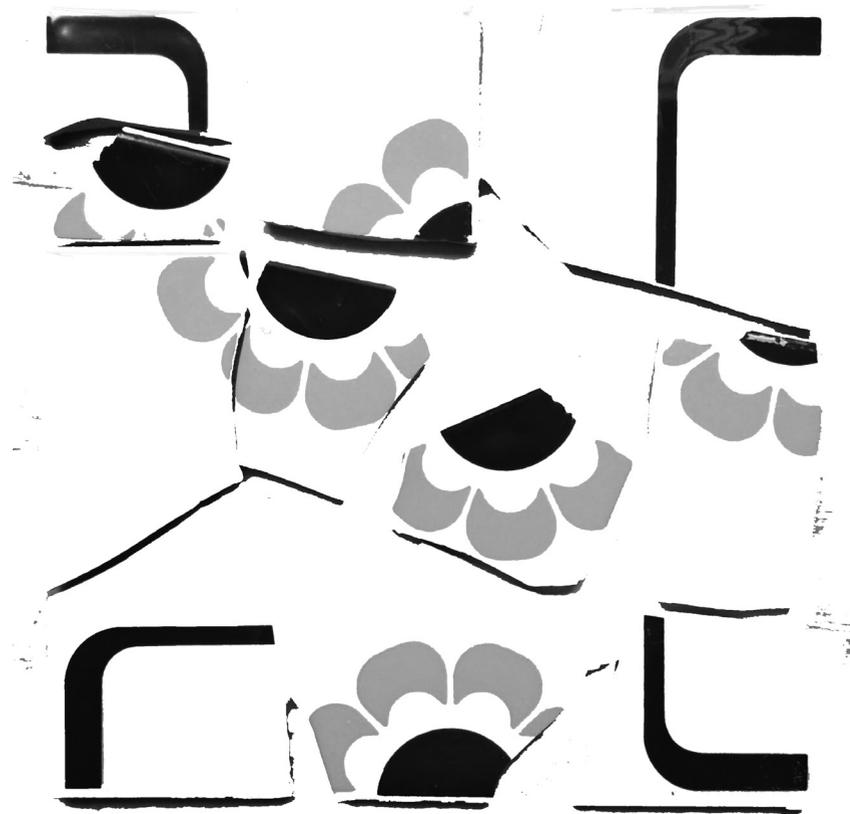
está es porque es para mí- lo típico, esa mierda -si está es porque tiene que ser para mí- otra vez el tema de la posesión. Pensaba mucho eso ahora, quizás por el momento que estaba pasando, estaba muy desprendida de todo, había dejado una relación de cinco años en verano y estaba cambiando muchas cosas, empezando otras y con mucho desprendimiento, así que se repetía mucho eso, esa idea...qué quería y qué tenía. Luego quien sabrá.

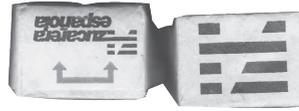
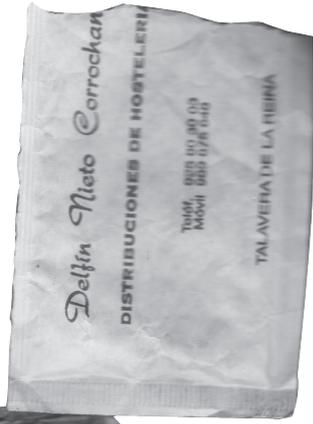
Meditó fríamente sobre su condición nómada, había vivido en Granada, luego había vuelto a Murcia , ahora estaba en Madrid y no sabía dónde iba a estar. Y siempre tenía esa idea de no acumular cosas, porque no tenía un sitio fijo, nada en propiedad, así que intentaba desprenderse de cosas, le costaba demasiado moverse con tantas, la limitaban, así que regalaba libros, ropa, de todo.

Ya no podía coger más porque si se mudaba tendría más azulejos que libros y eso no podía ser, a lo mejor tenía que darle otra forma, dejarlos en otro sitio o en el sitio original, o en forma de dibujo, o bordado, que era más práctico de guardar, ocupaba menos, como las postales de oriol, que vio en una expo, era una colección infinita, con millones. En una caja había dos mil postales, era mucho más fácil, una sola caja.

Dani coleccionaba millones de cosas.

Ahora había empezado a encontrarse papeles. Papeles escritos de gente ¿sería otra colección? Tenía dos, uno era como una chuleta de un estudiante de química o matemáticas, el texto era genial, algo de una chispa que salta cuando el polo negativo y el positivo... Lo leía y veía que le decía algo, esa chuleta le estaba diciendo algo a ella, lo de la chispa y los polos en este momento suyo de su vida ¿qué pasaba?







Eran sobres de azúcar, casi todos estaban vacíos, iba cogiendo sobres de azúcar de cafeterías y los iba metiendo en una caja. Ahí estaban sin tocar, pero pasado el tiempo su madre se cansó y le preguntó si el azúcar no se iba a poner malo y los vació. Sobretudo los coleccionó en su época universitaria, quizás durante cuatro o cinco años más. Los tenía debajo de la cama, en la caja.

¿Por qué empezó a hacer eso? no lo pensó, sólo empezó a guardarlos.

Al principio fue una cosa suya, pero la gente con la que estaba veía que lo hacía y si iban a otras cafeterías le guardaban los sobres de azúcar. Eso empezó con los compañeros de la facultad, luego la familia de su ex, el tío Ino, Inocente se llamaba, él cuando viajaba por España o se iba de vacaciones por ahí, los cogía de todos los bares y cafeterías y se los daba. De fuera tenía pocos. Nunca los ordenó, ni había visto su colección entera.

Era un adicto al objeto y estaba un poco cansado de coleccionar cosas que tuvieran un valor económico. La calle, las cafeterías, eran un sitio donde había hecho mucha vida. En las cafeterías quedaba con chicas, estudiaba, leía, perdía el tiempo y además le gustaba el café. Un día se puso a fijarse en los azucarillos, todos eran diferentes, algunos ponían



texto, en otros el nombre del restaurante y sin más, empezó a guardarlos. Algunos estaban repetidos. Era una colección absurda.No quería ni tenerla.

Al principio pedía dos, se echaba uno en el café y el otro lo cogía y lo guardaba, ahora ya no hacía eso, coleccionaba el que usaba. No tenía cuidado de romperlo de una forma más homogénea, le daba igual si estaba manchado de café, lo cogía tal cual.

Todo su afán de coleccionar, porque coleccionaba revistas, flyers, tarjetas de visita...era una forma de historia privada, de tener un registro documental de su vida, de los sitios a los que había ido, de las cafeterías en las que había estado, miraba los sobres y veía nombres de bares que le traían recuerdos y le transportaban a un día concreto.

Su madre y sus parejas siempre le decían que guardaba de todo, que era diógenes. Y sí, tenía una parte de eso. Había estudiado historia, la base primera para hacer historia son los documentos. Guardar recortes de periódicos le parecía interesante, guardaba flyers de discotecas o de clubs.

Los objetos le hablaban, le hablaban de su vida, de sus intereses, de sus relaciones.

Un día hablando con su madre de eso le dijo que no tenía documentación de su infancia, se habían mudado cuando él tenía 20 años y habían hecho una limpieza de muchas cosas. Sentía que había perdido



una parte importante de su vida y no quería hacer eso con su hija, quería intentar cuidar sus recuerdos, que tuviera la posibilidad de acceder a sus dibujos o a lo que fuera, todo con un límite, claro, tampoco iba a guardarlo todo, pero iba a tener cuidado con lo que tiraba. La gente decía que el orden estaba por encima.

También había gente que decía que acumular era poco zen, que así no fluye la energía, que desprenderse de las cosas te libera, y sí, puede que tuvieran algo de razón, pero para él, era un tesoro del que no quería desprenderse y quería compartir su disfrute con otras personas.

Cogió de la caja un azucarillo del Geographic club, no sabía cuándo lo había cogido porque tenía recuerdos de ese sitio cuando ya no hacía la colección, pero era una prueba de que había estado en ese sitio, intentaba recordar con quién... Sacó otro del Pans and Company, sería de cuando estudiaba en la facultad y comían rápido. Había otros que eran de marcas de café, muy bonitos.

En otro se podía leer: La Pausa, tampoco le sonaba; Achique Tradicional; restaurante Carlos V Cáceres, alguien habría ido a Cáceres o puede que fuera suyo, porque había estado en Cáceres; La Guardia Pontevedra, ese se lo debía de haber traído



algún familiar; La Taberna del Puerto, a ese sitio iba con su padre y su hermano, alguna vez con su madre, pero normalmente con su padre y tomaban tapas los fines de semana; Brillante restaurante chino, lo cogería cuando trabajaba en el Auditorio Nacional, en la tienda de discos, estaba justo al lado, sería de alguna vez que había ido. Siguió mirando y había azucarillos de estaciones de viaje, de paradores... Había bastantes llenos, imaginó que su madre se cansaría de vaciarlos.

Entre los más antiguos había algunos de Decathlon, Café la Estrella, El Magnetófono. Había uno de la Residencia Militar de Archena, ese seguro que se lo había traído su abuelo, su abuelo había muerto con 100 años y estuvo unos 30 años de su vida en una residencia militar, era albañil, pero trabajó mucho tiempo con el ejército, haciendo cosas para el ejército, así que se fue a una residencia militar, él y su mujer y a veces se iban de viaje a Archena, en Murcia, donde había un balneario militar.

Había varios de Santa Pola. Santa Pola era su vida, era de Madrid y no tenía pueblo, pero Santa Pola era como su pueblo, su abuelo era de Elche y compró una casa en Santa Pola y era su sitio de veraneo, se enamoró por primera vez en Santa Pola.

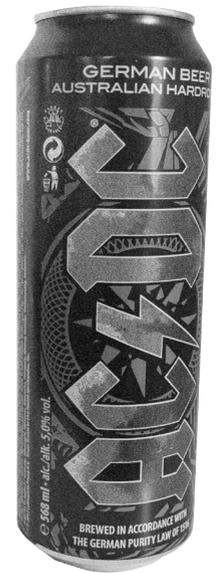
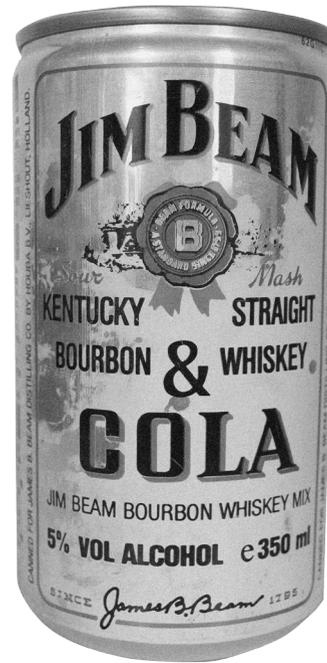


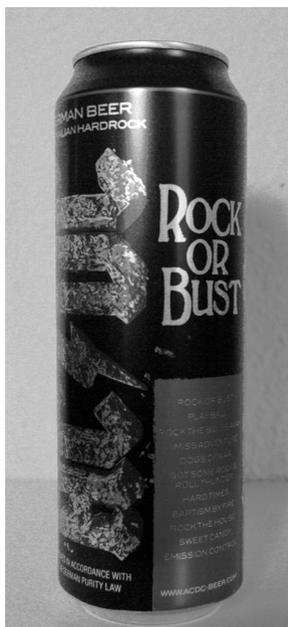
Café Figueroa, el Figueroa, era una cafetería de Chueca súper famosa; La peña de Salamanca, fue de un viaje que hizo con su grupo de amigos por el norte.

La olla loca, a la brasa, en Córdoba, estuvo ahí con Sara; El Gurugú, un restaurante en Cercedilla, la residencia militar estaba por Cercedilla; Café del Arte, estaba en la calle Alcalá a la altura de la Casa Árabe, ahí quedaban Sara y él, Sara limpiaba un despacho de la calle Alcalá y él la ayudaba a limpiar para ir más rápido y luego tomaban un café por ahí; Arenas de San Pedro, a veces con sus amigos hacían viajes en coche, también andaban y fueron de Ávila capital a Arenas de San Pedro, allí había unas piscinas naturales, recordó lo fría que estaba el agua.

Otro seguro que se lo había dado su ex suegro porque era oficial de notaría y el despacho de los notarios estaba cerca de la cafetería Café Bar 21.

El azúcar que su madre sacó de los azucarillos la metió en el azucarero de la casa.

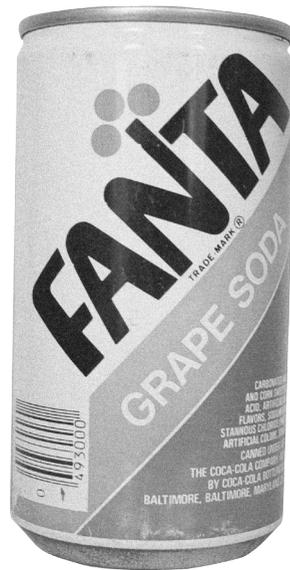




Habían comenzado la colección en 1983, cuando ella estaba embarazada, su médico le recomendó pasear para que el bebé se colocara. Un día, paseando por Atocha, en una tienda vieron latas de refrescos o de cervezas, ya no se acordaba, habían pasado muchos años. Les llamó la atención su estética, sus colores, los diseños y empezaron a hacer una colección y cuando llegaba una lata a sus manos, que no fuera la típica que había en ese momento, la guardaban. Pronto se lo dijeron a sus amigos y conocidos para que les dieran latas.

En los 80 no había la variedad de latas ni la posibilidad de viajar tanto como viajaron después, entonces en un viaje que hizo una tía de su marido a Rusia les trajo la lata de le dieron en Aeroflot, la línea rusa de aviones, otro amigo que fue a Extremadura y vio una lata distinta a la que había visto en Madrid la compró y se la regaló. Tenían de todos los tipos: de refrescos, de zumos, de gazpacho, de whisky con Coca-Cola, tenían muchísimas, unas 700 u 800 latas, perdieron la cuenta, porque no tenían donde tenerlas.

Tenían una mesa, que no utilizaban, grande, de madera. Empezaron a hacer una pirámide, delante de esa, otra, y se les caía cada dos por tres, entonces



empezaron a meterlas en cajas.

Ahora estaban intentando ponerse otra vez con ello, tenían tiempo relativo, mientras estaba en casa con la niña, si la niña estaba entretenida o durmiendo la siesta, intentaba clasificarlas, porque había latas hasta de temática erótica. Habían cambiado mucho las latas desde los años 80, 90 a las que tenían ahora. Ahora pocos se atreverían a vender algunas de las latas, había hasta latas de cerveza con señoras desnudas dirigidas a los hombres, eso ya no se ve y menos tras las movilizaciones del 8 de marzo.

Con el tema de la comida, que después de los años se fue haciendo más ecológica, más naturista, más vegana, había latas hasta de zanahoria, de zumo de uva, de todo. También se podía ver la evolución de una lata de Coca-Cola, o de la lata de Fanta o de Mahou. Cada vez que sacaban una lata nueva la compraban.

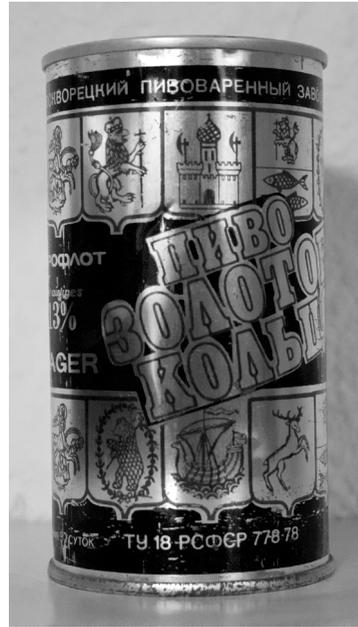
Las latas más nuevas se podían atravesar con un alfiler, tenían latas que eran súper duras, duras duras, como si fueran de hierro, latas que aún vacías, si las tirabas podían descalabrar a alguien, ahora eran de papel albal, no tenían fuerza ni consistencia. Las tenían todas vacías, evidentemente, cuando ya llevaban un tiempo, pensaron que igual fermentaban



y explotaban y cómo iban a hacer con la casa echando burbujas por las ventanas, así que las que ya llevaban mucho tiempo las vaciaron, las que seguían comprando intentaban colocárselas a los amigos que iban a su casa porque tenían cosas rarísimas, como zumos con gaseosa.

Su colección también podía clasificarse por países, tenían latas de Cuba, latas de Egipto, latas de Japón, esas las consiguieron con los viajes de amigos o conocidos o cuando se hacían temáticas en algún centro comercial de la semana italiana, la semana china, iban a ojear y las cogían.

Ahora las últimas que tenían en casa eran las últimas adquisiciones, la tropical era cubana, la de Aeroflot, la japonesa, también tenían algunas de Coca-Cola, de Coca-Cola de uva, Coca-Cola de sandía, Coca-Colas había muchas, en los últimos años habían sacado también Coca-Cola de vainilla. Las latas de Coca-Cola las había de muchísimos colores: verdes, azules, rojas, granates, de zumos, otra japonesa, Fanta de soda, una turca, otra griega, hasta una Fanta de sandía. La mayoría de las latas estaban en Cadalso de los Vidrios, donde su hermana tenía una casa, allí estaban en unas cajas, había por lo menos 5 y estaban todas llenas. De vez en cuando



iban porque había humedad y cambiaban las cajas, limpiaban las latas un poquito y a veces las cambiaba por las que veía en casa que eran un poco más feas, o le parecían a ella más feas. Las llevaba y se traía otras que eran un poco más bonitas, también por airearlas, porque estaban ahí metidas en cajas y su ilusión era ponerlas en algún sitio, ya había visto en varios bares y pubs que tenían muchas puestas decorando.

En su trastero tenían también varias cajas, con unas cien, ciento y pico latas, y en casa así repartidas tenía por lo menos otras cien y en la nevera y en la despensa, habían comprado y las iban sacando para verlas. Al empezar tuvieron un parón de la colección, por problemas económicos, porque no podían estar comprando esa lata esa lata esa lata, con dos niñas y un sólo trabajo, dejaron incluso de comprar el periódico.







En el salón había una terraza donde tenía a su tortuga invernando, era una tortuga de tierra muy grande. Le había hecho una casa y el domingo le cortó hierbita fresca, la sacaba los fines de semana a que tomara el sol. También había unos tiestos preciosos que le encantaban, un gingko biloba, uno de granadinas, un alce, un naranjo que llevaba muchos años con ella, una planta crasa de esas, de las que la hojita coge agua, eran todas de levante, tenían 40 o 50 años, de Gandía, se las había dado su madre. También había tomateras y unos bulbos que estaban saliendo ahora, no entendía por qué, ella plantaba y no salía nada, pero luego, cinco o seis años después, iban y salían, quizás era por las últimas lluvias. Los tomates de cuando en cuando salían, pero ahora no, se habrían helado.

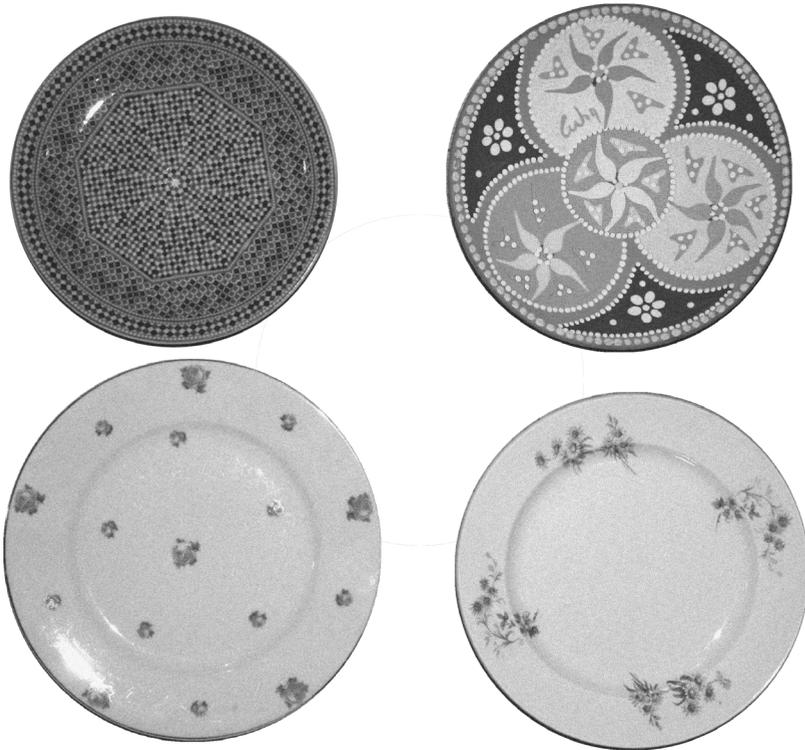
Tenía la casa llena de cosas para llevarse, las había sacado del cuarto de Fidel. Se detuvo y cogió unos platitos, eran todos portugueses, más que una colección tenía tonterías que había ido comprando por aquí y por allá. El cuarto de Fidel ahora parecía el cuarto de los horrores, tuvo una gotera y aun se veía que había caído mucho agua. La gotera ya la había arreglado, ahora tenían que arreglar el resto, incluida una mesa que se había mojado. Hacía tiempo tuvo

otra mesa muy bonita de comedor, pero a su hijo no le gustaba y la tiró, era muy antigua. Había heredado muchas cosas antiguas de su abuela, pero todo iba desapareciendo, ya no había tiempo ni espacio en las casas modernas.

La casa en origen tenía cuatro habitaciones, pero ella siempre en todas las casas iba tirando paredes, así que una de las habitaciones tenía dos ventanas porque habían sido dos cuartos. La casa siempre estaba en transformación, nunca estaba terminada. Si hubiese sido amante de la casa seguramente habría hecho más cosas.

Acumulaba muchísimos objetos, cosas que compraba cuando viajaba, en Madrid no tenía tiempo, algún día pondría orden en su vida. Los guardaba en sus vitrinas. Tenía cosas de Marruecos, de Fez, de Sarremeguines, le ponían muy contenta, muchas eran del s.XIX, algunas imitaban loza pero no eran loza, ahora casi todo se hacían de plástico, ya nadie podía pagar las cosas buenas, también había cerámicas de bohemia, un búcaro de su abuela...su abuela había tenido miles de cosas, pero después de vender la casa se habían ido perdiendo.

Se le habían roto muchas de las cosas por usarlas, como el jarrón de Grecia, aunque ya no las usaba



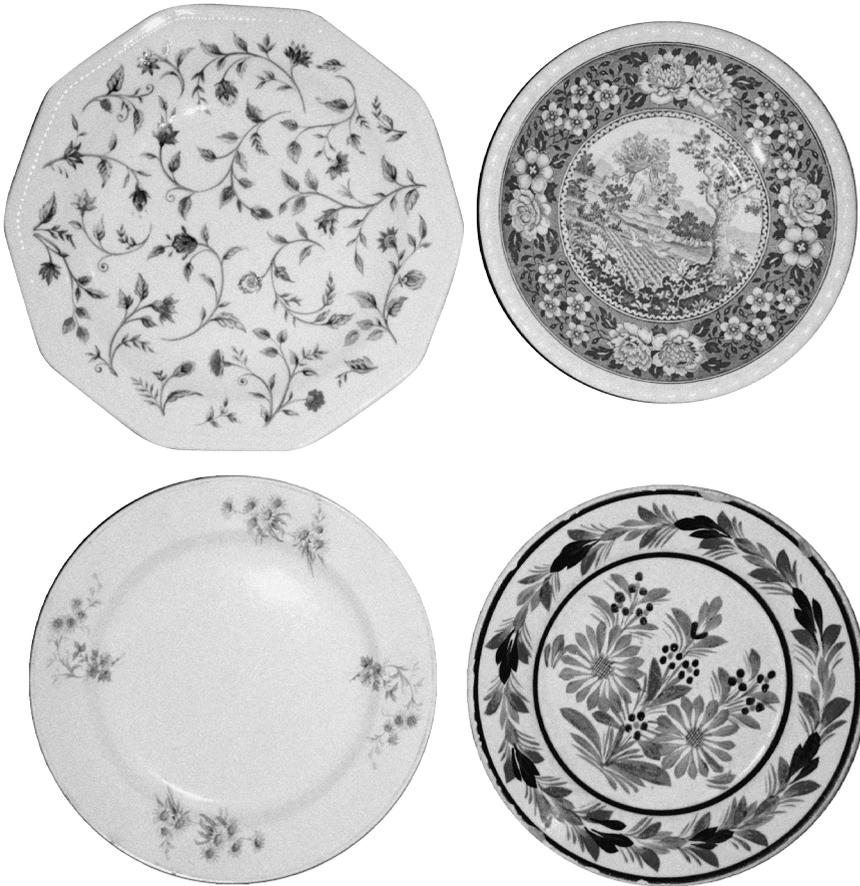
tanto como antes porque no se podían meter en el lavavajillas.

Su abuela también había comprado mucho, era de un pueblo de Ávila, pero vivió en Madrid, había comprado en muchas partes, también su otra abuela. Todo eso se fue perdiendo, casi todo arte religioso, a ella antes no le gustaba nada y ahora le encantaba, se arrepentía mucho de no haberlo cuidado y guardado.

Miró las cosas que estaban en las vitrinas, cosas de Bélgica, de Alemania, en un plato ponía Churchill, sería inglés, más platos y fuentes de Rusia, de Francia, de Cuba, de Perú, de Talavera, una jarra de los 70... En algunos platos había dibujos de animalitos, que le encantaban en decoración y en todo.

Recordó un viaje precioso que había hecho con sus amigas por Francia, fueron a Vallauris, un pueblo en el que estuvo Picasso en una capilla, fueron recorriendo todos los lugares por donde habían pasado pintores. Una de las amigas era profesora de historia del arte y era maravilloso porque sabía muchísimo y les iba contando todo.

Miraras donde miraras había platos de Marruecos, de Túnez, unos con peces de Perú, que habían hecho los punos que viven en medio del lago Titicaca, uno de Estocolmo, de un diseñador sueco muy afamado,





parecía que no tenía ningún valor pero era carísimo, con suerte le rebajaron el precio por maja, los otros le habían costado muy poco, quizás un euro o una peseta en aquellos tiempos. Había estado por Europa, en el norte de África y en América, donde había ido bastante con su hermana que daba unos cursos de doctorado, aprovechaban para estar una semana en el pueblo que fuera y luego otra de turismo.

Rebuscando encontró un plato de una marca fina famosa que empezaba por i, otro comprado en Madrid, otro en Bélgica hecho no de marfil, sino de polvo de marfil. Había muchísimo de Checoslovaquia, donde había comprado como loca, recordó que una de sus amigas se había llevado botones porque tenía una lencería y que llevaban tantas cosas que temieron que las parasen en la aduana.

Una mujer le ayudaba a limpiar la casa, pero ella siempre se encargaba de los cuadros y las vitrinas y así de paso cambiaba las cosas de sitio, la portuguesa aquí o allá, los pajaritos allí... porque para eso se tienen las cosas, para verlas y disfrutarlas. Aun así no se sentía coleccionista de nada, para eso debía ser necesario más orden y un inventario o algo, casi todo el mundo tenía cosas como ella.

Encima de un armario tenía patrones de su



padre, que había sido sastre. Su madre, que fue pantalonera, siguió usándolos. Su padre había sido muy bueno, muy artesano, pero murió muy pronto, en el 63, empezó en Santander, donde tuvo el taller y donde nacieron ella y su hermana, hacía sus propios patrones y tenía muchos clientes que venían de casi toda España, incluso a artistas de televisión les hacía trajes, el problema siempre era cobrar. En el salón tenía la máquina de coser en un mueble de hierro maravilloso, igual la vendía porque no sabía coser.

De Santander vinieron de pequeñas porque su padre tenía problemas respiratorios, como su abuela. Con ella iban a Santa Cruz Del Valle los veranos y pasaban por Talavera de la Reina donde tenía una buena amiga. Allí compró cerámica del Carmen. También cogió tres azulejos de un palacio, pero llovía a mares ese día y no pudo coger más, le había dado mucha rabia porque luego de dejarlos escondidos en un contenedor para volver a por ellos, estaban tirando toda la pared.

Pensaba que la gracia de coleccionar era encontrar las oportunidades, no comprar muy caro. Pero eso cambiaba mucho de año en año, la gente espabila.

Guardaba todo, las agendas, los cuadernos, panfletos de todas las exposiciones a las que iba. Pero

no lo ordenaba. Siempre decía -voy a ponerles un papelito de cuando en cuando- pero nunca lo llegaba a hacer. Y aunque tenía buena memoria pensaba que tendría que escribirlo.



Los relatos que aquí se cuentan son ficción.
En 2017 el Departamento de Educación del CA2M
preguntó a los asistentes al ciclo de conferencias
Pero Esto es Arte si alguna era coleccionista.
Nos contactaron nueve personas con las que nos fuimos
encontrando para hablar de sus cosas y de la vida.
De esas transcripciones salieron estas imágenes, una
particular colección de colecciones

Agua de Borrajas